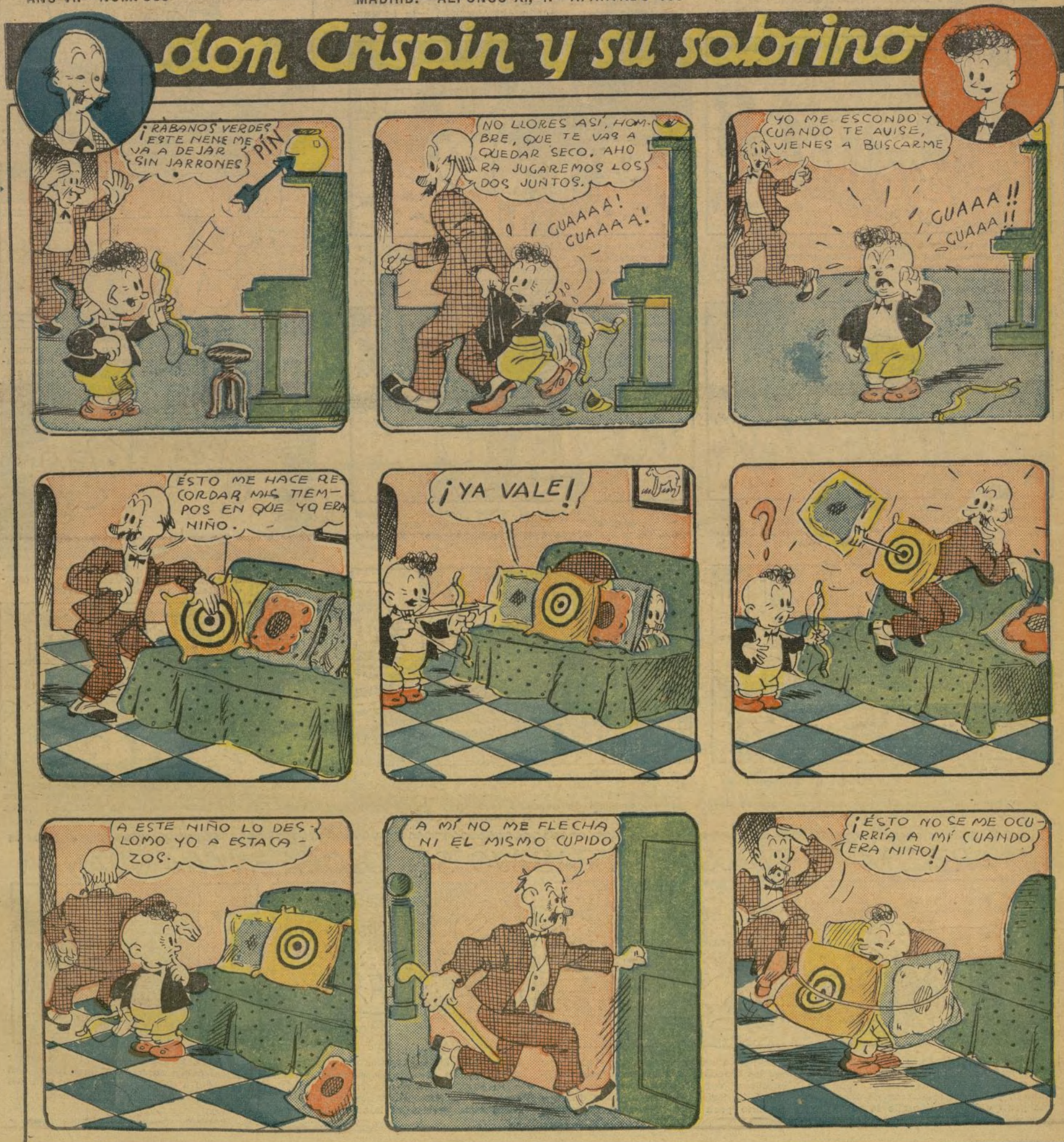




AÑO VI.—NUM. 303

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)  
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

28 de febrero de 1935





Examen de lo publicado:  
Antonio, un muchacho huérfano, maltratado de su tío por su tutor, el trapecista Bepo, entabla amistad con Mercedes, hija del dueño del circo.

## COMPANEROS DE CIRCO



Creyendo Antonio que Bepo pretendía pegar a los caballos, los espoleó, y en aquel preciso momento llegó hasta ellos Mercedes. Había advertido el airado gesto del trapecista y hasta había oído sus duras palabras, y se dirigió a él en tono autoritario.



"¿Por qué maltrataba usted a este muchacho de esa manera?"—le preguntó. Bepo dirigió a la joven una mirada llena de estupor. "¿Y quién es usted, si se puede saber, señorita entrometida?"—le preguntó a su vez—. "Soy Mercedes Smith"—respondió ella.



Aquella respuesta desconcertó a Bepo, que intentó improvisar una disculpa; pero antes de que lo lograra, Mercedes había desmontado y avanzaba al encuentro de su padre. "Hola, papá"—le saludó, después de despedir su caballo.



"¿Cómo es esto, Mercedes?"—le preguntó su padre acariciándola—. "Creí que habías salido de paseo en el coche." "He salido, en efecto—replicó la muchacha—; ven conmigo y te contaré lo que nos ha pasado". Al oír esto, Bepo se alejó malhumorado.



Entre tanto, Antonio había desmontado y echado pienso a los caballos. De regreso, pasó junto al grupo que formaban el señor Smith y su hija. Mercedes le estaba contando animadamente el accidente y la destreza con que Antonio salvó a los caballos.



"Antonio—preguntó el señor Smith—. ¿Dónde está ese chico?" Y volviendo la vista y divisándolo allí cerca, se dirigió a él afectuosamente. "¡Gracias, muchacho!"—le dijo el propietario del circo. "Quiero hacer una prueba contigo."



Pocos días después del accidente, era el cumpleaños de Mercedes. "Tengo que hacerle un pequeño obsequio y darle una sorpresa"—pensó Antonio dirigiéndose hacia el pueblo cercano. Cuando llegó, se detuvo ante un escaparate lleno de lindos objetos.



Entre todos, parecía el más indicado un bolso de mano, y entró en la tienda a preguntar precios. El dependiente le enseñó distintos modelos, y Antonio, después de detenido examen y comparación, escogió al fin uno que le satisfizo por completo.

## EL FOTÓGRAFO



Don Lupiciano ha recibido el encargo de hacer una bella "foto" de la galería existente en un antiguo palacio, de alto valor arquitectónico.



Pero no cuenta, claro está, con un malvado que tiene en su poder una fuerte cantidad de trilita, que la cambia por el magnesio del fotógrafo.



Ya ha enfocado don Lupiciano. Ya se prepara a producir el fogonazo. Fogonazo fatal en esta ocasión, aunque el desdichado fotógrafo lo ignora.



La explosión se ha oído en seiscientos pueblos. Con el humo producido se podían pintar las comparsas de veinticinco películas de negros...



Don Lupiciano se ha quedado "en los huesos". Ahora, con su cráneo huequecito, ya no piensa en nada. En lugar de impresionar la placa, es él quien se ha impresionado profundamente.

## EL ARTISTA DE CIRCO SIN TRABAJO SE COLOCA EN UNA GRANJA



El famoso "Milhombres", artista de circo, que asombraba a las multitudes por sus hercúleas fuerzas, se quedó sin trabajo, y tuvo que entrar de mozo en una granja. Don Filipondio le mandó el



primer día aserrar árboles, y había que ver los troncos que serraba el gran "Milhombres" con un mal serrucho. Cuando acabó la jornada se presentó a don Filipondio para que le pagase el jornal;



pero, como los tiempos estaban malos, el patrón quiso pagarle en especie, con un buen fajo de hierbas aromáticas. "Milhombres" se mosqueó tanto que, sin pensarlo más, arrimó el hombro al tronco



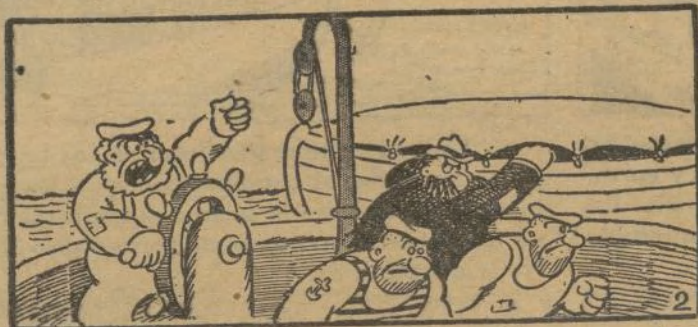
que había aserrado y lo volvió a poner vertical sobre su base. Y que fuera don Filipondio a derribarlo de nuevo con sus hierbitas.



## DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Pelo en Pecho, el capitán del barco pirata donde se había refugiado el feroz bandido, miró con su catalejo y vio en la lejanía un hidroavión. "Nos persiguen", rugió.



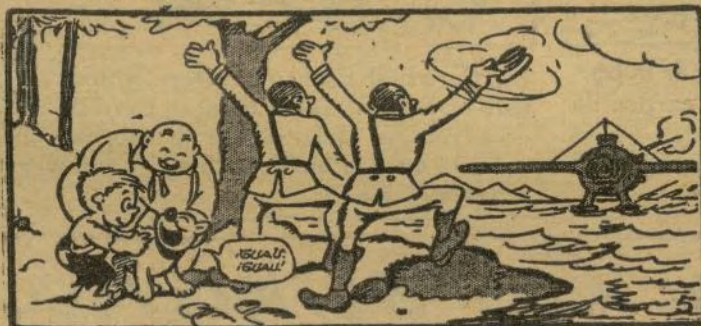
El feroz bandido dió un bote y corrió a ocultarse en un idem, torciendo mucho los ojos, que en el lenguaje de los bandidos quiere decir: "Maldita sea mi estampa".



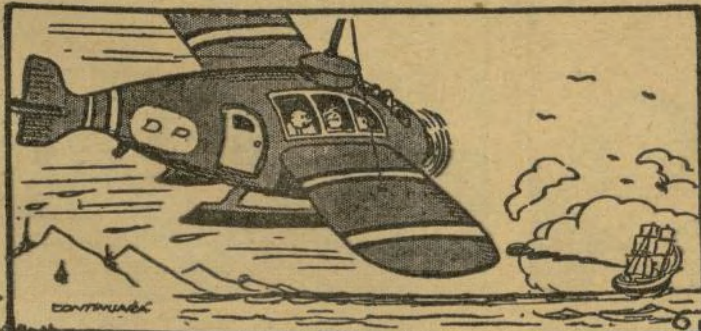
Los heroicos policías, don Simplón y el bestia del nene seguían a "Dinamita", que olfateaba las huellas del feroz bandido igual que habría olfateado un real de cordilla.



En la misma orilla terminaban las huellas; y como nuestros amigos tenían la seguridad de que el feroz bandido había estado allí, no dudaron de que huyera en un barco.



Entregados a estas tristes reflexiones se encontraban, cuando vieron aparecer a lo lejos un aeroplano: "Hurra, gritaron los heroicos policías; es nuestro hidroavión".



Inmediatamente montaron todos en el hidroavión y no tardaron en ver a lo lejos el barco del pirata Pelo en Pecho. "Ya son nuestros, gritaron; ahora veréis, malditos".

## BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO.

### CAPITULO XXX Nuevas emociones

Tan pronto como se vió libre, Víctor corrió al huerto del tío Hilario a llevar a su hermano Pablo las nuevas consoladoras de la primera comunicación que había logrado establecer con su padre. Encontró a todos alarmados por el bullicio infernal de aquella horrible noche, y en particular a la marquesa de Lacy, alarmada por la absoluta carencia de noticias de su sobrino. Víctor y Pablo hicieron entre tanto algunos apartes, y respetando el dolor de la noble anciana, comentaron y saborearon las gratas nuevas de que Víctor era portador. Impaciente, Pablo era partidario de trasladarse entonces mismo a

casa del buen Dumont para ver a su padre. En esto entró en casa uno de los hijos de la buena Juanita, llorando y contando cómo los nacionales acababan de detener a su abuelito, el tío Hilario, cuando salía de casa de su yerno. Aquella noticia, sobre lo que tenía de triste en sí misma, hizo comprender a todos que su nuevo refugio ya no era seguro, porque, detenido el tío Hilario, no tardarían en venir a registrar su casa. La marquesa de Lacy, comprendiendo que en el estado en que se hallaba no le era posible pensar en moverse de allí, y que su inmovilidad comprometía estérilmente a aquellos dos jóvenes, que no se resignarían a abandonarla en tal trance, se impuso a ellos con su autoridad y la energía que



las circunstancias requerían, y les obligó a que mirasen por sí y se pusiesen a salvo. La buena Juanita ideó un recurso para librar a la misma marquesa en el caso de que los esbirros viniesen a registrar la casa. En el fondo del jardín había un pequeño pabellón destinado a invernadero de plantas, donde podría instalarse cómodamente una cama y donde sería difícil que nadie sospechase que podía cobijarse una anciana y enferma. Y así fué que entre todos trasladaron con exquisitos cuidados a su nueva estancia a la marquesa, y, despidiéndose de ella y recabando su bendición, con promesa de venir pronto a recogerla, los dos jóvenes hermanos partieron.

Partieron convenientemente disfrazados y en

derechura hacia la habitación del buen Dumont. Allí quedaría residiendo definitivamente Pablo, como un sobrino recién llegado del pueblo, mientras Víctor, en su doble y peligroso papel, haría también de aquella vivienda su centro de operaciones. Llegados a su destino, Pablo se lanzó a mirar la reja tras de la cual gemía preso su padre, y le pareció que el corazón le estallaba.

Víctor se fué inmediatamente al taller del tío Mariano, donde halló al vejete disputando con su hermana sobre si les sería más conveniente tirarse al río o prender fuego la casa, puesto que, de todas maneras, estaban desesperados.

—Ni lo uno ni lo otro, maestro—intervino Víctor—; lo que tiene usted que hacer es venirse aho-



ra mismo conmigo a visitar al carcelero, a ver si de una vez nos da o no trabajo en el almacén; y mientras tanto, que la vieja se llegue a la tienda y traiga algunas cosillas con que podamos matar el hambre a la vuelta.

Y entregó unos cuantos sueldos a la bruja aquella.

Cuando llegaron a la portería de la prisión, el alcaide Beaupin se hallaba precisamente arreglando con el ciudadano inspector cierto negocio de incorruptibilidad revolucionaria, y tardó tiempo en abrirles. Cuando, al fin, lo hizo y escuchó las reiteradas y sentidas súplicas del tío Mariano, después de prolijas disculpas y de consultar el caso

con el inspector, remitió a sus visitantes a que hablasen con su mujer en el piso superior, para que les indicase las obras que fuesen más urgentes.

La carcelera les recibió con agrado, y, enterada de las disposiciones de su marido, enseñó a Víctor el otro postigo de la ventana, que no estaba más fuerte que su compañero. Víctor, mientras lo examinaba, dirigió cautelosas miradas a la reja de su padre, y en una nueva estrofa de su canción favorita le advirtió de la presencia de Pablo en el piso de Dubois. El preso pareció comprenderlo por inequívocas señales, pero la prudencia impuso a todos circunspección por aquel día.

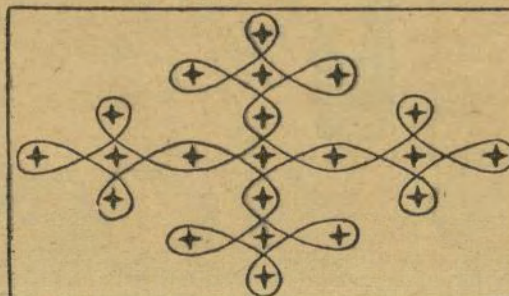
(Continuará.)

## PASATIEMPOS

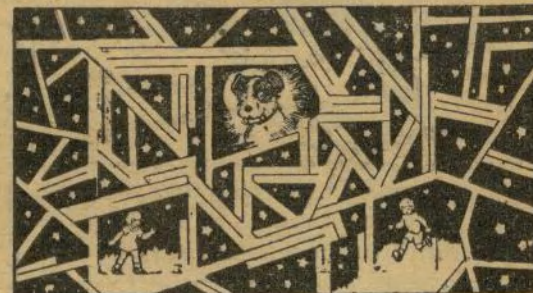


Unid por su orden los puntos del 1 al 32 y completaréis un precioso dibujo.

### SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Así quedan separadas todas las estrellas con un trazo solo y continuo.



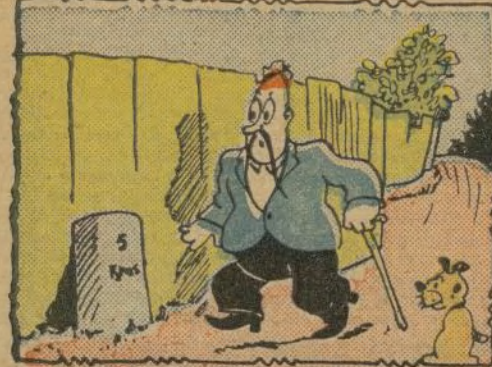
A estos dos niños se les ha perdido el perrito. ¿Quién acertará con el camino que le conduzca a donde está el perro?



Aquí tenéis el resultado del dibujo al rellenar de negro los espacios señalados con un punto en el pasatiempo anterior.



# **DON SEVERO AVENTURERO**



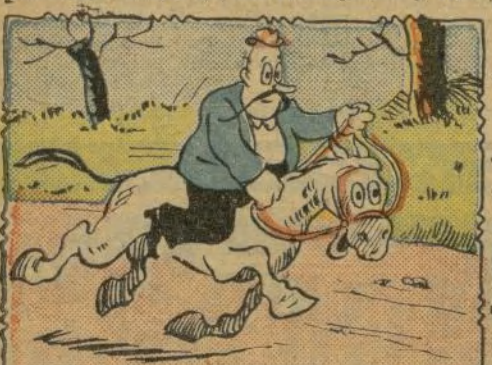
Don Severo se había puesto de punta en blanco para asistir a la boda de un amigo suyo que se casaba en el



pueblo vecino, y echó carretera adelante. A las tres horas de caminata le faltaban aún cinco kilómetros para



llegar al pueblo. Desesperado, se detuvo junto al mojón, cuando se sintió elevado como en un trampolín y luego

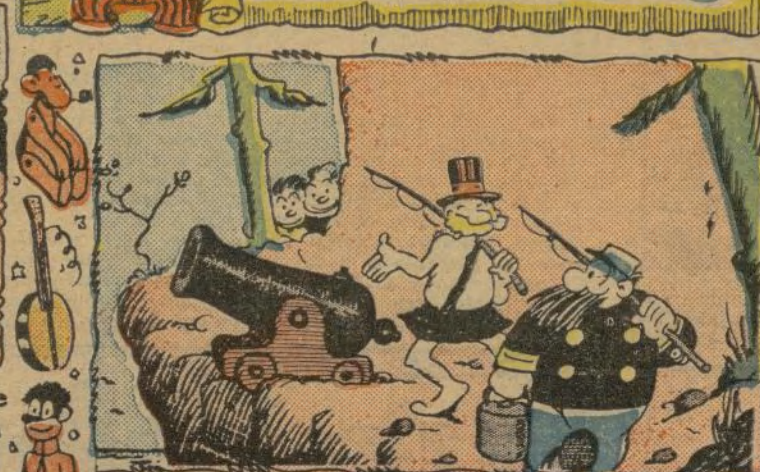


go a lomos de un soberbio caballo, que en cinco minutos lo plantó en el pueblo. Y todavía no se explica cómo fue aquello.



Laura ya estaba agotada, como anuncio vi-  
viente, y de nuevo había vuelto a ser la pesadilla de don Fielato.

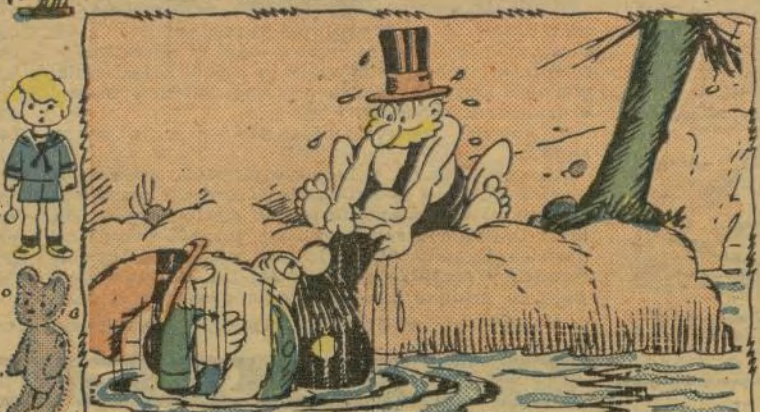
# **HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN**



El sabio adivino invitó a Terre-Moto a pescar en la laguna ranas con anzuelo, porque en eso y en cazar elefantes con tirador, era el amo de la isla. En el camino encontraron un viejo cañón, abandonado muchos años ha.



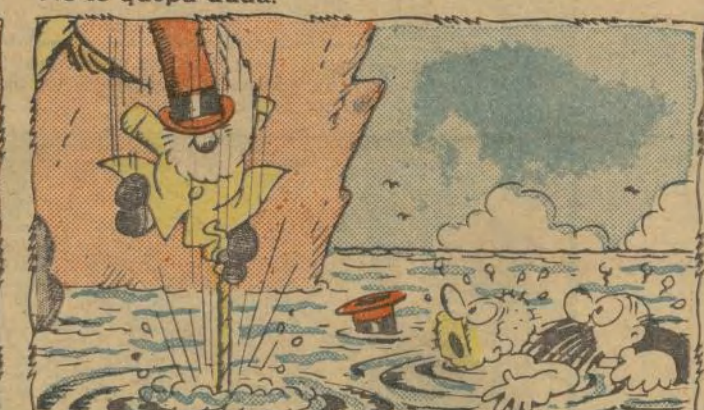
Mas si consiguieron esquivar el bulto, librando a sus respectivos fisicos de tal disgusto, no pudieron evitar que el armatoste cayera sobre la barca, echándola a pique en cuarenta y cinco segundos por el meridiano de Londres.



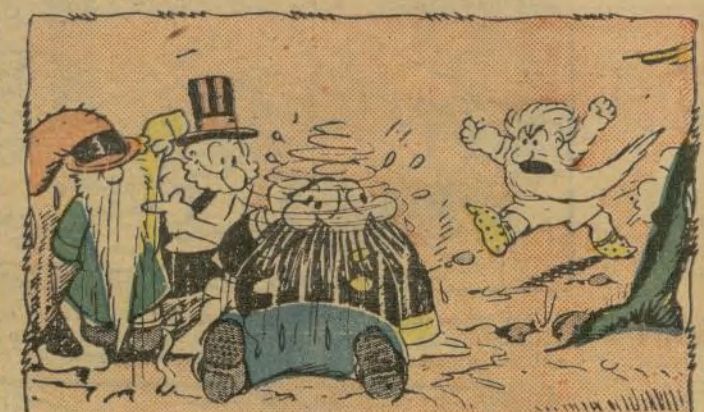
Luego, con el pelele a cuestas y sin notar la burla, llegó hasta la orilla, temblándole las carnes de emoción. "Oh, qué hazaña, capitán! Es usted mas grande que Marcial. Seguro que le dan una cruz" —aseguró el adivino.



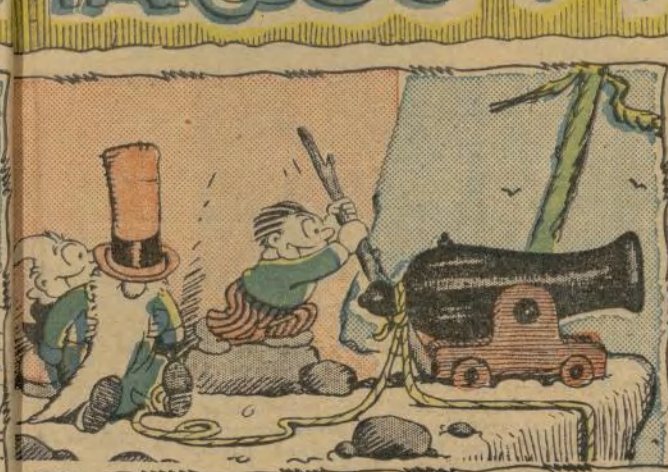
"Cuidado que eran idiotas en los tiempos antiguos—rumiaba el capitán—; con lo fácil que hubiera sido defender la costa a majuelazos!" "Es que no todos tienen su genio guerrero—dijo el sabio—No le quepa duda."



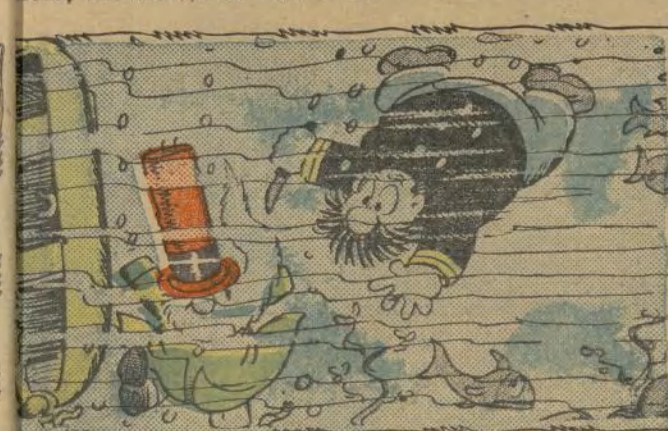
Lo primero que hicieron fué nadar, pues al instante se dieron cuenta de que por aquellos sitios no podían esperar que pasara un tranvía; luego abrieron los ojos y vieron caer al pelele, que tomaron por Barba-Cana.



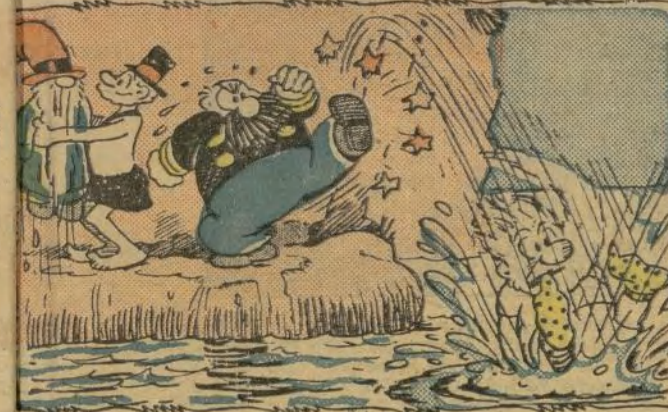
Pero bien pronto notaron la burla de que habían sido objeto. El pobre capitán cayó desmayado, yendo a reposar dulcemente su cabeza contra un cascote, lo cual le hizo recobrar el conocimiento y ver a Barba-Cana.



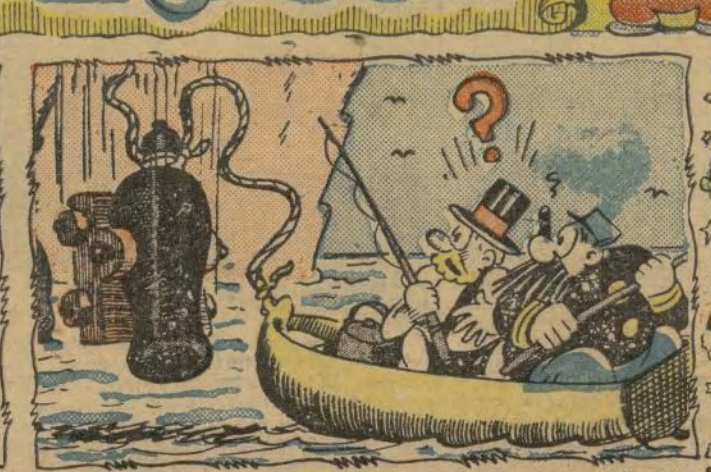
Lo que no habían observado los pescadores era que Tarugo y Perdigon habían atado a la soga de amarrar de la lancha el cañón abandonado, añadiéndole, además, una contrafigura de Barba-Cana.



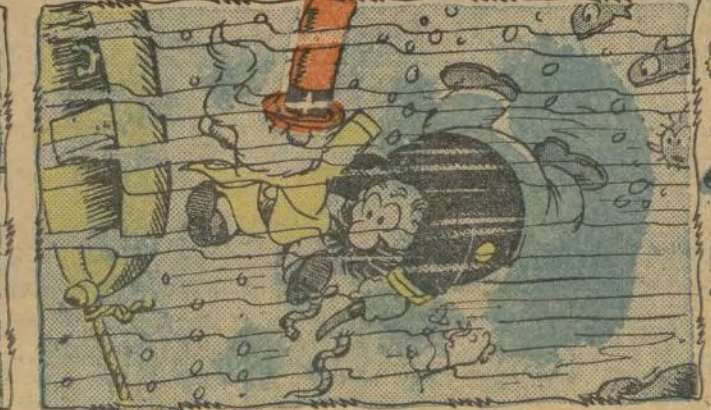
"Desgraciado profesor—gritó el adivino—; sin duda que los piratas le ataron al cañón"—y cerró los ojos con espanto. El capitán no cerró los ojos, sino que, abriéndolos como platos, se sumergió en los pozos del infeliz.



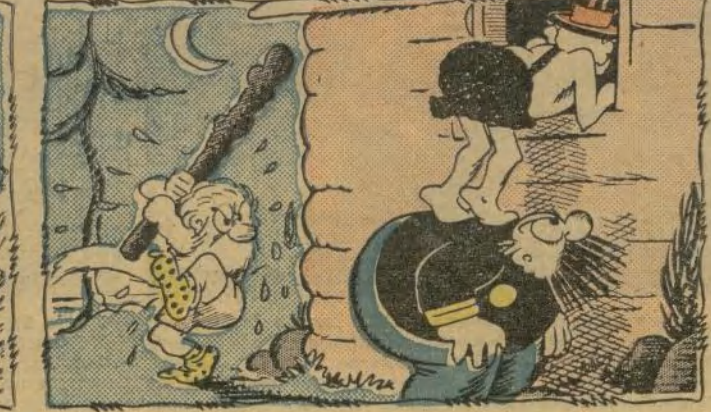
Ya suponéis que los autores de la faena habían sido los pilletes; pero Barba-Cana creyó que quien le había desnudado era Terre-Moto; arremetió contra él, y el capitán, entonces, le largó un "chut" de final de campeonato.



Así que la barca se alejó unos cuantos metros y se puso en tensión la cuerda, el cañón cayó arrastrado ante el asombro de los navegantes, que de milagro se libraron de que no les hiciera fosfatina el tubo mortífero.

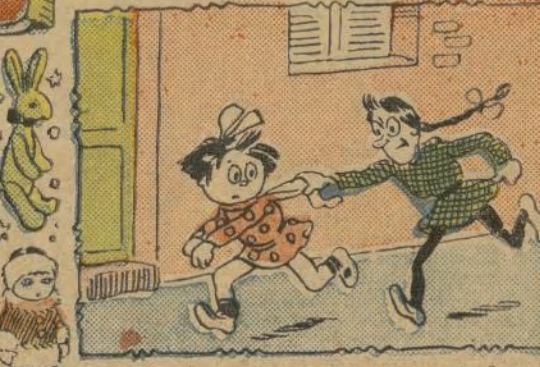


"Siempre te portaste mal conmigo — rugió el capitán, tragándose una carpa por hablar dentro del agua—. Pero yo quiero salvarte, porque tengo un corazón como una mecedora" —dijo, cortando la cuerda y tragándose otra carpa.



Luego se dedicaron, el sabio y Terre-Moto, a seguir la pista de los pilluelos; mas no observaron que Barba-Cana, mojado, trémulo, aterido y en paños menores, cargaba iracundo contra ellos. ¿Qué pasaría? (Continuará.)

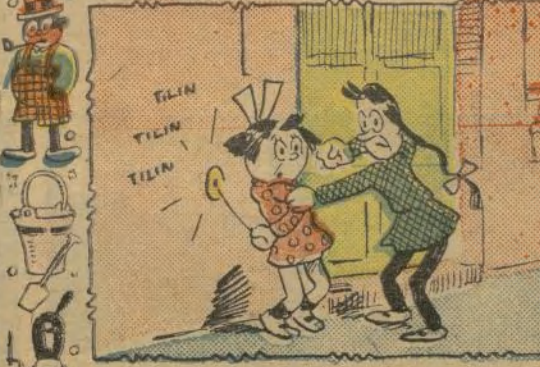
# **TERESA NINA TRAVIESA**



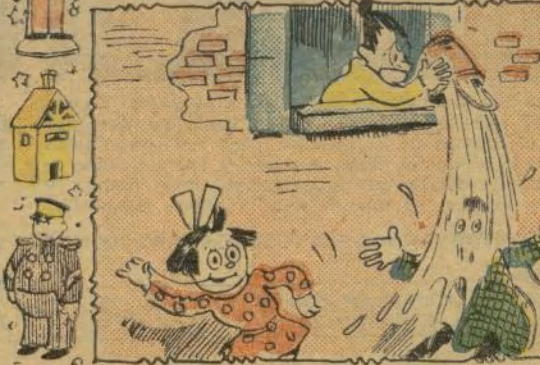
A Teresa le habían regalado un chicle, y Marisa, envidiosa, le seguía para quitárselo. Llegaron a la puerta



de una vecina cuando Marisa alcanzó a Teresa, y ésta, para salvar su chicle, lo escondió, ocultando la mano de

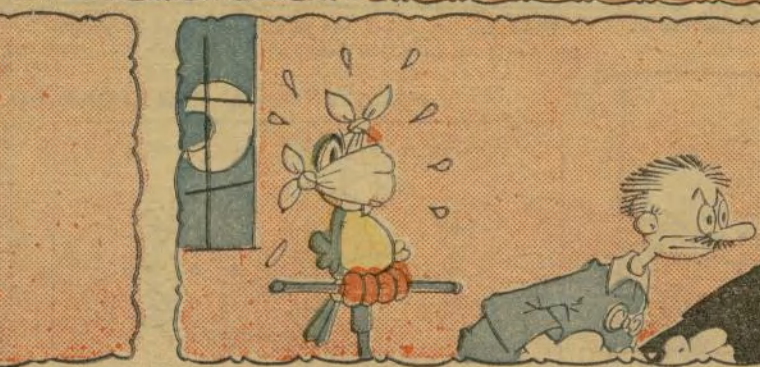


trás de la espalda. Marisa, que era mayor, quiso quitárselo por la fuerza y le dió un estirón en el brazo. El chicle

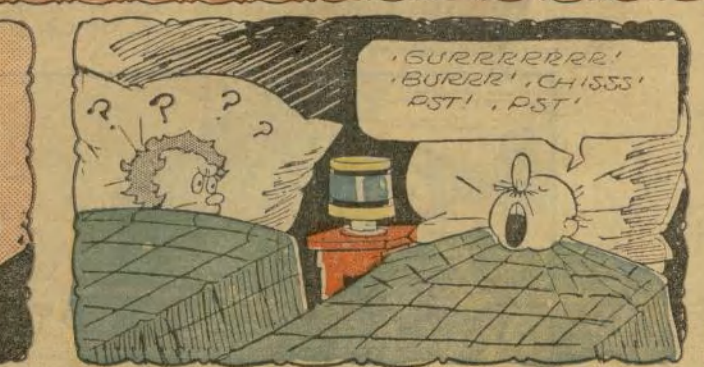


clé se había adherido al tirador de la campana, ésta sonó, y la vecina, malhumorada, lanzó un cubo de agua sobre Marisa, mientras Teresa huía.

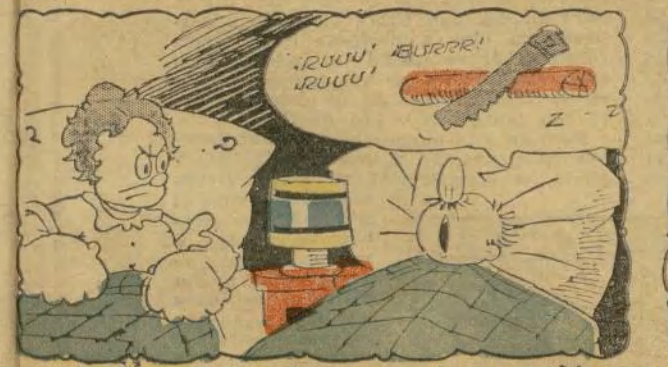
# **Risa para la semana con "Laura" la charlatana**



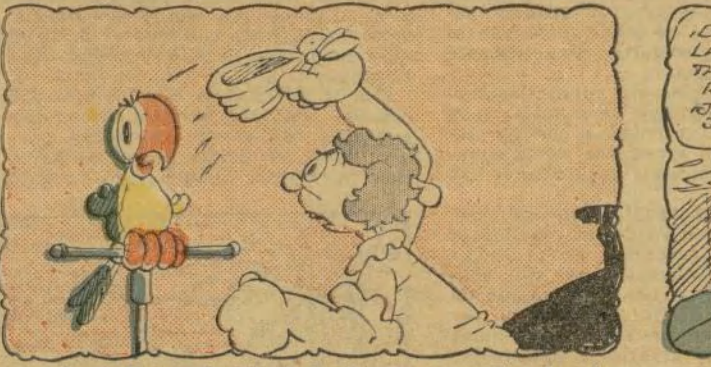
Como los gritos de la cotorra no le dejaban dormir, el buen hombre se decidió a poner una mordaza a la parlanchina.



Laura cerró el pico y don Fielato abrió el suyo; pero con tal fuerza expansiva de ronquido, que parecía una traca.



Y volvió a dejar a Laura con el escape abierto, gracia que mereció de Laura los honores de un escándalo formidable.



Aquella imitación de fuegos artificiales le sentó a doña Tecla igual que si le hubieran hecho la trepanación.



Y don Fielato, que era más infeliz que un bando municipal, se decía: "¿A quien mato? ¿A Laura, o a mi mujer?"





**Resumen de lo publicado.**—Sir Roger Waverly llega a la posada del Buho Blanco con un saco, en el que Tomás, un huérfano empleado de la casa, descubre un hombre amordazado. Tomás y Anita, la pupila del posadero, lo esconden en una alacena, de la que nace un pasadizo secreto a través de una puerta secreta. Venida la noche, Tomás lleva comida al personaje escondido, cuando el posadero le sorprende.



Tomás se hallaba desamparado en poder de su "amo", el odioso posadero, sin poder libertarse, por más que lo intentaba. De pronto sus ojos se dilataron por el terror, al ver que a espaldas de maese Lear la puerta de la alacena se abría y asomaba por ella una figura.



Deslizándose silenciosamente como un fantasma, el misterioso personaje, que se había dado a conocer como hermano gemelo de Sir Roger, salió de la alacena, y, apoderándose del paquete de comida que Tomás llevaba, desapareció tan rápido como había aparecido.



Bramando de furia, maese Lear derribó a Tomás en tierra. "¡Por vida de...! —exclamó—. ¡Quiero enterarme de lo que llevas en ese paquete!" Y volviéndose para apoderarse de él, un grito de estupor salió de sus labios, mientras el terror se reflejaba en sus ojos.



¡El paquete había desaparecido! Pero Tomás no podía afectarse por ello con igual sorpresa que su brutal amo. El sabía muy bien cómo había sido el escamoteo, y se alegraba de lo sucedido. En aquel momento se dejó oír una delicada voz femenina: "¿Qué ocurre, tío?"



Tomás y su amo volvieron la cabeza y vieron que en la puerta del vestíbulo aparecía Anita, la pupila del posadero. Con un grito ronco, maese Lear la despidió al instante. "¿Qué vienes a hacer aquí? ¡Vete a acostarte!" Y dirigiéndose a Tomás, añadió: "Y tú también. ¡Mañana ajustaremos cuentas!"



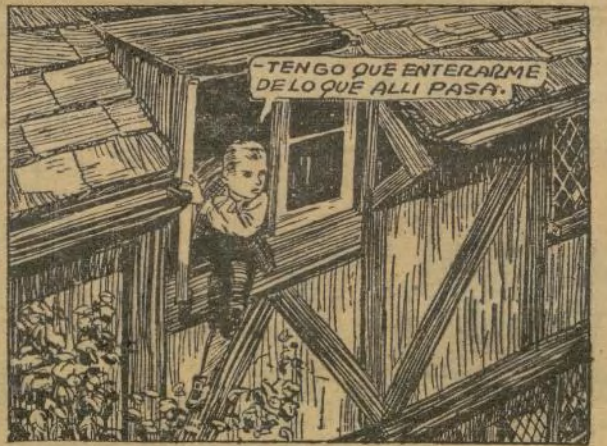
Cuando los muchachos se hubieron alejado del vestíbulo, Tomás se dirigió a su compañera y en breves palabras le enteró de cómo el posadero le había sorprendido cuando a hurtadillas llevaba comida a Sir Jorge Waverly. Súbitamente se interrumpió. "Silencio. Tu tutor se acerca."



Dando las buenas noches a la muchacha, Tomás subió al misero cuchitril, donde tenía su dormitorio en el desván de la posada; pero no estaba para entregarse al sueño. Tantas cosas y tan extrañas le estaban sucediendo, que la cabeza le daba vueltas, y para despejarse, se acercó a la ventana, pensativo.



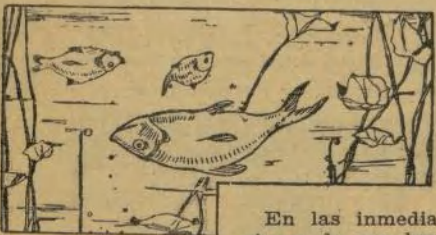
Sobre el paisaje bañado por la luz de la luna se recortaba la negra silueta de una quinta cercana, que desde hacía mucho tiempo se hallaba deshabitada y desierta. Por largo rato lo contempló indiferente, hasta que salió de su abstracción al ver aparecer una luz en una de las ventanas.



"¡Es bien extraño!"—murmuró frunciendo un ceño de sorpresa. "¿Quién podrá haber penetrado en aquella casa? ¿Qué nuevo misterio se presenta?" No duró más de un momento su indecisión. Con aire decidido abrió la ventana y se deslizó por tejadillos y balcones hasta el campo. (Continuará.)

## La carpa desobediente

CUENTO



En las inmediaciones de una hermosa quinta había un estanque cuyas orillas se veían cubiertas de verde musgo, y cuyas limpias y azuladas aguas estaban sombreadas por flexibles cañas. En el estanque vivía un pueblo de peces, compuesto de tencas, carpas y otros habitantes de escama y sin escama, que habría sido el pueblo más dichoso de la tierra, si su glotonería y amor a las golosinas no le hubiera expuesto con frecuencia demasiada a ser la víctima de las perfidias del anzuelo. Así sucedía que todos los días iban desapareciendo algunos miembros de este pueblo, sin que el verse diezmar de tal manera sirviese para corregirlos.

No había más que una sola buena madre carpa, entre toda la tribu, que hubiese logrado preservar de las traiciones del anzuelo a su carpina prole. Ella también había sido cogida en el lazo siendo joven, y había conseguido escurrirse de las manos del pescador; y cuando volvió a verse en el estanque, juró que ni ella, ni sus hijos, volverían a encontrarse en lance semejante.

A pesar de esta severa tutela, los carpines no tenían motivos para quejarse de ella. La madre los cuidaba con el mayor esmero y les procuraba todos cuantos regalillos y bocados exquisitos le era posible.

El mayor de la familia, sin embargo, empezó a cansarse ya de una vigilancia tan continua y severa, y se mostraba impaciente, y este mozuelo que casi acababa de nacer tenía una alta opinión de sí mismo, y hallaba intolerable el no poder caminar y obrar solo y sin guía; mas como no se atrevía a manifestar su resistencia a los consejos de la madre, en su presencia, se hizo muy disimulado, y para desquitarse de la sujeción en que se le tenía, se escapaba oculta-mente siempre que podía, y se iba a

divertir con los otros jovencitos calaveras de la familia carpina del estanque; y cuando se hallaba entre ellos no cesaba de lamentarse de las impertinencias y rigores de la vigilancia maternal.

Y un día, el presuntuoso carpín, aprovechándose de la oscuridad que reinaba en un intrincado laberinto formado por yerbajos y raíces, en donde la madre con toda su familia acababa de entrar, en vez de seguirla se escurrió sin ruido, y separándose de ella y alejándose de aquel lugar, nadó con velocidad, dirigiéndose hacia aquel sitio luminoso que le fascinaba.

Con la nariz al viento, los ojos descajados, con las agallas extendidas y agitando sus aletas, fascinado por su curiosidad, se dirigió presuroso hacia el sitio predilecto, aunque algo turbado, a



la verdad, por un sentimiento de remordimiento por la falta que cometía.

Muy pagado de sí mismo, el inocente iba y venía, y nadaba en todas direcciones en medio de una multitud de peces de todos tamaños y de todas especies que se aglomeraban en aquel sitio para ofrecerse a porfía a la codicia de los pescadores, que los pescaban a docenas. Al pasar por un medio de un grupo de sus compañeros, se vió detenido en su marcha por una cosa nueva para él: era una bolita blanca que despedía un olor a perfume casi imperceptible; él se quedó mirándola largo rato, con la boca abierta, porque nunca en su vida había visto ni oído una cosa tan tentadora y tan apetitosa.

Pero en este momento quiso dar pruebas de prudencia y, volviéndose la espalda, se dirigió, meneando con viveza sus aletas, hacia el sitio en que estaban su madre y sus hermanos, y se encontró en medio de ellos en unos cuantos segundos. "Mañana volveré"—pensó.

(Concluirá en el número próximo.)



## PASATIEMPOS



—¡Una limosna para este pobre ciego!  
—¡Pero si usted no es ciego!  
—Yo no, pero el perro sí.

El rojo es el color que se ve mejor a distancia, y por eso se usa tanto en las señales de los ferrocarriles.



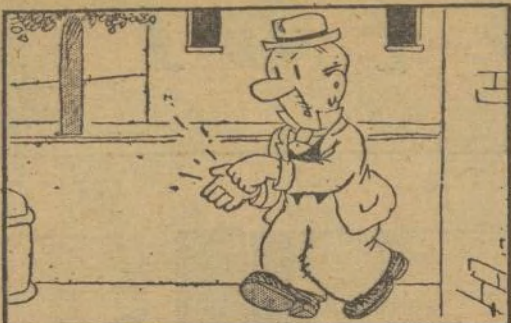
La muñequita se ha puesto malita y su "amita" le lleva una cucharadita de la medicinita a la camita. Vean qué estampita tan bonita nos remite Elvirita. Elvirita González, nuestra diminuta colaboradora de Jerez de los Caballeros.

—¿No decías que eras vegetariano? ¿Cómo estás comiendo cordero?  
—Soy vegetariano indirecto; sólo como carne de animales que se alimentan de vegetales.



José María García nos asegura que este edificio es una iglesia, y que tal vez sea la iglesia de su pueblo. Nosotros no aseguramos nada más que el dibujo es una maravilla, y que, desde luego, los habitantes de Jaramilla, de donde es natural José María, cometerán una injusticia si no le nombran hijo predilecto de Jaramilla, la muy noble y heroica villa.

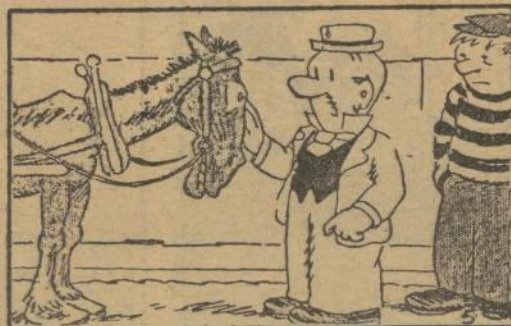
## EL MAYOR MAL DE LOS MALES ES TRATAR CON ANIMALES



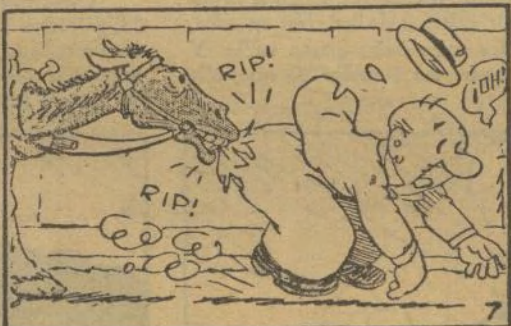
Don Alejandrino acaba de hacerse socio de la Protectora de Animales.



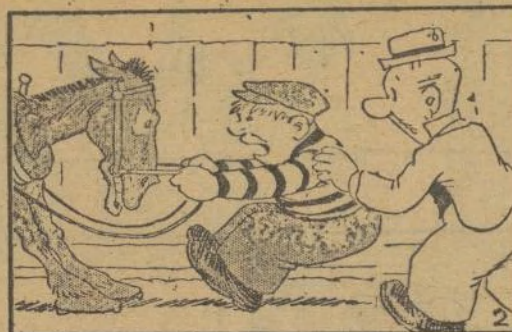
—¡Pare, hombre! Este animal tiene derecho a ser tratado con amabilidad.



—Vera usted: ¡Rico! ¡"Generosito"! ¡Avanza, hijo! ¡Tira del carrito por las buenas!



—¡Mi abuelo el filósofo!—grita don Alejandrino sin acertar a comprender lo que le pasa.



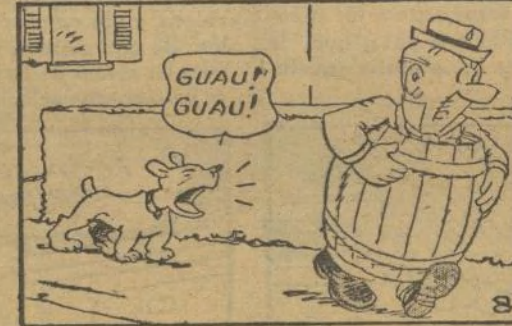
En la calle ve a un carretero que maltrata al caballo de su carro.



Hay que despertar la inteligencia de la bestia, y el animal, agradecido, obedecerá fielmente.

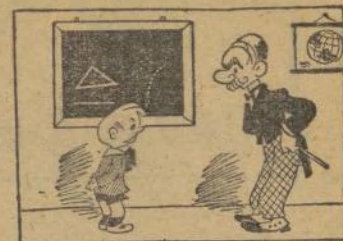


Vea cómo se amansó. Ya puede acercarse, y por la persuasión lo dominará siempre.



—¡Bueno! Ahora a comprarme un traje y a darme de baja en la Sociedad Protectora.

## AMENIDADES



—Vamos a ver: ¿Qué es necesario ante todo para encender una vela?  
—Pues... que esté apagada.

Con el nombre de Torre del Diablo se conoce en la América del Norte una de las más curiosas formaciones geológicas de aquel país. Consiste en un enorme peñón de ciento ochenta metros de altura, cuyos flancos, cortados casi a pico, presentan profundos surcos verticales. La cima es plana y forma una meseta de unos 8.000 metros cuadrados de superficie.

Este gigantesco peñasco sirve como punto de orientación en muchos kilómetros a la redonda.



El médico. —Vamos a ver: ¿Qué cenó usted anoche?

—Caracoles.  
—¡Oh! ¡Son muy indigestos! Eso es lo que le ha hecho daño; los caracoles.

—Yo creo que no, doctor; lo que a mí me ha hecho daño han sido las cáscaras.



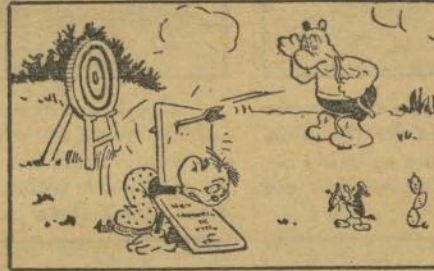
Félix es un ignorante, un ignoranton, un holgazanote. Pero ahora Félix quiere ser un buen chico y estudia con afán; vean la instantánea hecha por Ramoncito Sánchez, de Granja de Torrehermosa (Badajoz), que nos demuestra la aplicación de Félix.



En la selva se había organizado un concurso de tiro al blanco con flecha, y "Mikito" salió en calidad de anuncio viviente, emparedado entre dos carteles de



propaganda. Cuando pasó junto a la "diana", estaba precisamente probando su puntería don "Hipo", con esperanza de llevarse el primer premio. "Mikito", que



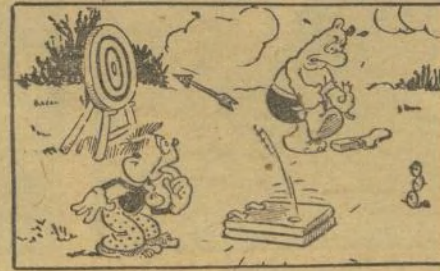
conocía sus facultades, en cuanto lo vio apuntar se apresuró a tirarse al suelo, y a esta feliz precaución debió su preciosa existencia; porque la flecha de don



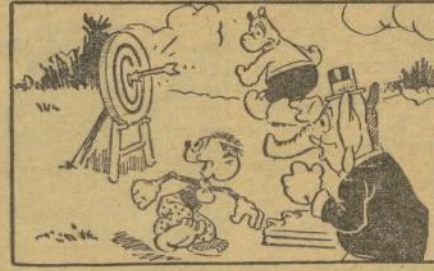
"Hipo" se fué por los cerros de Ubeda y vino a clavarse precisamente en el cartel que "Mikito" llevaba en la parte posterior, y que se había empinado al



tirarse "Mikito" al suelo. Pero cuando el cartel recobró su posición natural, la flecha hizo diana en la retaguardia de "Mikito", quien, al sentirse espoleado, se



quitó la albarda de carteles y la tiró al suelo. Pero lo hizo con tanta gracia y suerte, que al plegarse el armatoste la flecha salió despedida certeramente, y vi-



no a clavarse en el mismísimo centro de la diana. El jurado del concurso, presidido por don "Trompa", apreció el mérito, y concedió a "Mikito" el primer pre-



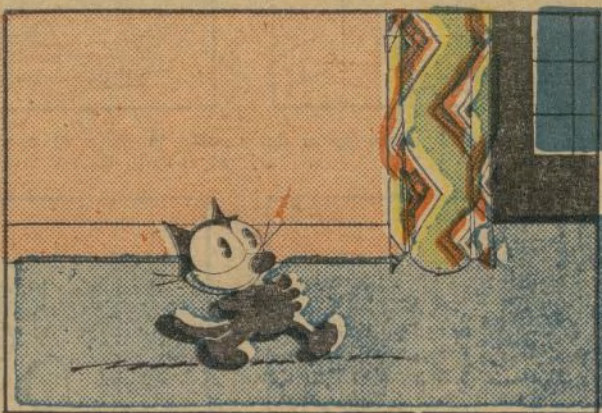
mio, que consistía en una papellera llena de rosquillas y bizcochos. Y don "Hipo" lloraba de desesperación.



# ANDANAS DE GATO FELIX



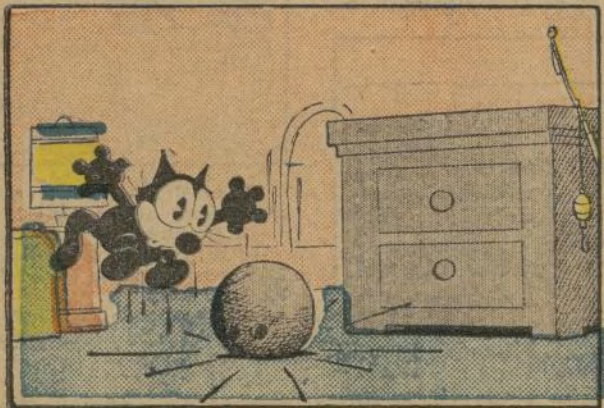
Don Abundancio, al marcharse al club cada noche, recomendaba a su mayordomo, Hipólito, que vigilara bien y no se durmiera. Y, efectivamente, Hipólito, cuando su amo doblaba la esquina de la calle, se las piraba hacia el "bar" más próximo.



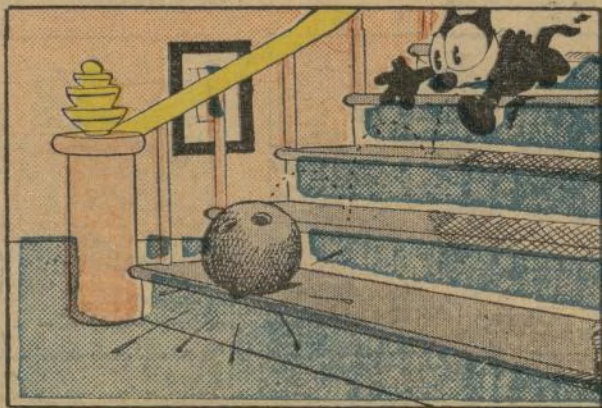
El único guardián que fielmente se quedaba en la casa cada noche era nuestro Félix. Pero, eso sí, para distraerse, se dedicaba a recorrer toda la casa y curiosarlo todo. Aquella noche encontró sobre una cómoda una gran bola.



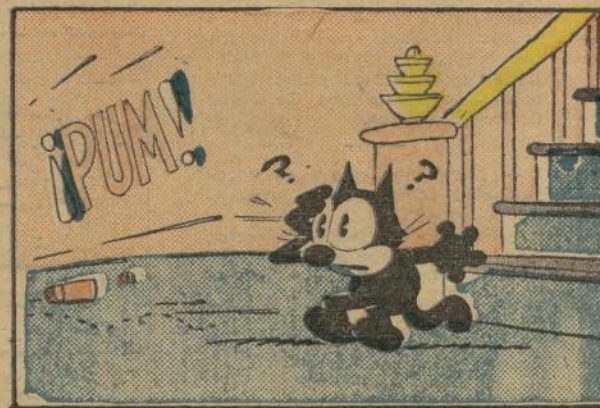
La curiosidad le picó como un mosquito trompetero, y, claro está, en vez de rascarse, comenzó a hurgar a la bola aquella, pretendiendo cogerla para averiguar qué diantre de finalidad podía tener un chismo semejante.



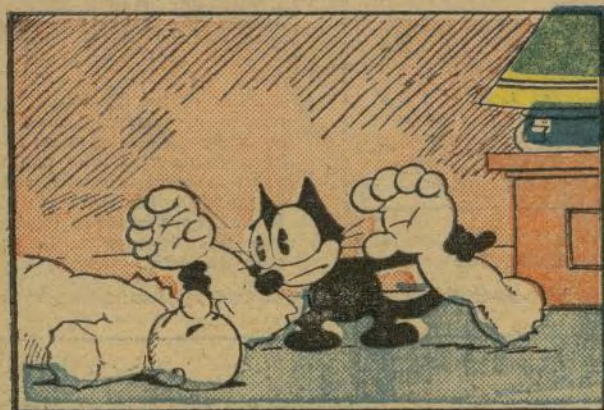
Y tantas vueltas le dio a la bola, que ésta se cayó al suelo, produciendo un ruido semejante a un cañonazo. Y suerte fué que no le pilló una pata; que, de lo contrario, Félix tiene recuerdo de la noche aquella para rato.



La bola comenzó a rodar hasta que llegó a la escalera, y allí empezó a dar saltitos de escalón en escalón, de una manera rítmica, que daba gusto verla. Y cuando acabó de bajar, comenzó a rodar de nuevo y se coló en una sala.



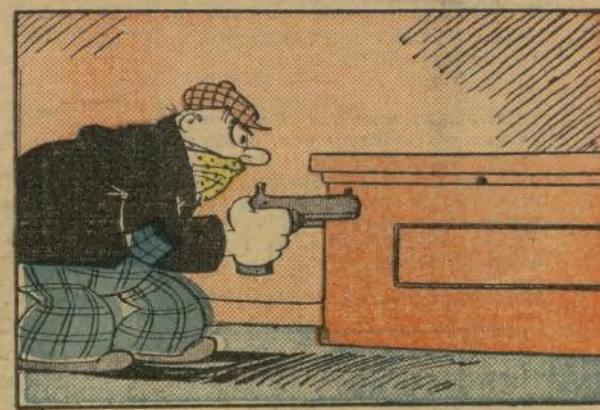
Félix seguía desalado a la bola, sin poder atraparla, y antes de que pudiera llegar al salón en que se había colado, oyó un inconfundible estrépito, como de algo que cae y se rompe. Ruido que conocen muy bien todos los gatos y todos los niños.



Cuando Félix entró en la sala, pudo comprobar lo que ya se oía. La bolita aquella había derribado un trípode, y una estatua que había encima se había hecho añicos. Los brazos se habían desprendido del tronco; pero él sabía arreglárselos.



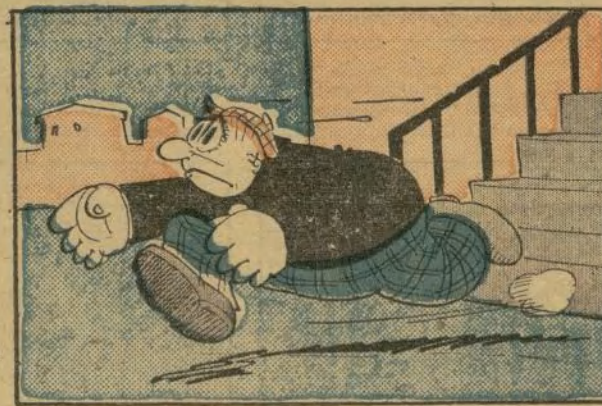
Cogió ambos brazos desprendidos de la estatua, y se disponía a untarlos de goma para pegarlos al tronco, cuando una voz imperiosa, que salía de detrás de la cómoda, le intimó, amenazadora: "¡Arriba las manos!" ¿Qué iba a hacer Félix?



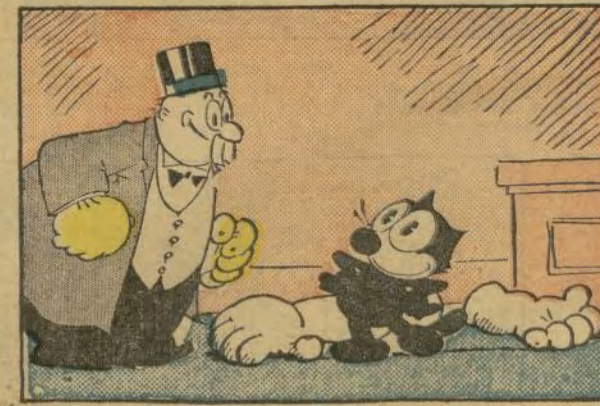
Ya sabía Félix que es de rigor que cuando se grita "¡Arriba las manos!", se haga empuñando una pistola y poniendo cara feroche. El no veía al ladrón, pero como si lo viera. Empuñaba una pistola y llevaba la cara tapada con un pañuelo.



¿Y qué iba a hacer? Lo que le mandaban, sencillamente. ¿No le habían dicho que levantara las manos? Pues las levantaría. Las suyas y las de la estatua. Pero como las suyas no podían asomar por encima de la cómoda y las de la estatua, sí...



El ladrón, que vió aparecer aquellas manazas comunales, se creyó que tenía que habérselas con un gigantazo, y, temblando de miedo, soltó la pistola y echó a correr como alma que lleva el diablo, sin parar hasta su casa.



Y dió la casualidad que en aquel preciso instante volvía del club don Abundancio, y vió cómo el ladrón salía de estampía. Lleno de ansiedad, entró en casa y se enteró de que era Félix el que había salvado su hacienda. ¡Félix hizo su suerte!

(Continuará.)